

verdades! tal vez algunas familias se librarían del des-honor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y después de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.



## CAPÍTULO X

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazón bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde, no sólo gustó de la conversación

anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habían estado en un brete durante la plática de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piadosos consejeros, sin contenerlas mi presencia; ¡ya se ve! que Eufrosina me tenía por un bobón de más de marca, y á más de esto le debía yo el buen concepto de que no era chismoso ni enredador, y en esto á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decía Eufrosina á sus amigas: —¿Qué les parece, niñas? ¿Cuándo pensaban venir á mi casa á enojarse ni á convertirse? El pánfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento, el cura y mi cuñado nos han echado tres sermones de lo mejor. ¡Vaya, que han quedado ustedes frescas y convidadas para no volver á semejantes visitas! Yo, la verdad, estoy demasiada corrida; pero discúlpeme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

—No te apures, niña, decía la chatilla de quien se habló en el capítulo octavo de esta obrita, no te apures; ¿qué culpa tienes tú de que el maldito Nariguetas sea

un bufón malcriado, ni de que el cura y tu cuñado sean unos imprudentes, impolíticos, que quieran convertir los estrados en iglesias ó santas escuelas? Déjalos que hablen más que un loco, que con no hacerles caso se compone.

—Ya se ve que sí, decía Eufrosina, ¿pues qué caso había yo de hacer de sus sermones? Mi hermano los echa bien seguido, y con tanto fervor como él que han oído; pero yo me río de él y de sus sermones, y le digo que ha errado vocación de medio á medio, pues para misionero no tiene precio; pero aunque me burlo de su sencillez en persuadirme que alguna vez he de acordarme de sus ideas, no dejo de enfadarme de cuando en cuando con su tenacidad.

Yo no puedo negar que lo quiero, pues á más de que es un buen hombre, al fin es mi cuñado, y basta que quiera tanto á Matilde; ¡ya se ve! que ella le ha cogido el lado del morir, porque mi hermana es el amén de cuanto dice su marido. Yo no he visto mujer más zonza ni más condescendiente. Si don Rodrigo dice: *sal*, sale; si dice: *no salgas*, no sale; si quiere que se vista así, se viste; si quiere que de otro modo, también; en fin, ella lo obedece con más puntualidad que una novicia á su prelada; y lo más célebre es que se conoce que lo hace contenta y no por fuerza. Ya ustedes la conocieron de doncella, y se acuerdan de que era muy alegre

y tan curra como la que más; y ahora ya la ven hecha una vieja sesentona que apenas sale de casa, y eso vestida como quiera. Toda su diversión es su almohadilla y su clave, y todo su encanto, su hija y su viejo. Yo no sé cómo Matilde dió tan repentina vuelta.

—No te admires, niña, decía Adelaida; ¡si los viejos son el mismo diantre! cera y pábilo vuelven á una pobre mujer, como la conozcan buena desde el principio. En este caso, los muy pícaros se vuelven unos santos delante de sus mujeres, y á fuerza de sermones y de meterlas en escrúpulos, haciéndolas de todo cargo de conciencia, se salen con cuanto quieren; y así las tienen indecentes, encerradas y hechas unas criadas de honor. No tienen ellos la culpa, sino las bobas que los creen y los obedecen como las niñas á las maestras. ¿No advertiste que cuando predicaba tu cuñado, ni pestañaba Matilde? Pues para que veas qué bien enseñadita la tiene.

—Sí, decía Eufrosina, si es mi hermana una pobre tontita; cuanto dice su marido lo cree como si lo dijera un santo Padre; no en balde él la quiere tanto y está tan contento con ella; como que no tiene mujer, sino una hija que lo obedece al pensamiento. Yo en parte me alegro, porque no la he visto reñir ni una vez. Deseos tengo de verlos enfadados siquiera un día, y ya ven ustedes que esto es un milagro, porque casi todas las

mujeres andamos á mátame y te mataré con nuestros maridos por cualquiera pamplina.

—Sí lo es en efecto, decía Rosaura; yo tengo un marido que no lo merezco, porque me quiere en extremo; pero por no dejar de mortificarme, tiene un grandísimo defecto y es ser más celoso que Judas. ¡Ay, niñas! yo no tengo vida con él; de su sombra se espanta. Siempre he de salir pegada con él, hecha llavero; sólo acá me deja venir medio sola. Puedes creer, Eufrosinita, que tienes la túnica de Cristo, como dicen, y eso ya ves que no se despega de mi Crisantita, que es más chismosa el diantre de la muchacha que Barrabás; cuanto pasa y no pasa le cuenta á su papá; con esto él le tiene mandado que no se separe de mí para nada, y no soy dueña de resollar, porque ya sabes que los muchachos son angelitos de Dios y testigos del diablo.

—¡Ay, niña! pues tienes una pensión terrible, decía Eufrosina; pero yo pienso que algo ponderas. No creo que don Fernando sea tan celoso como dices.—¿No lo crees? contestaba Rosaura, pues aún no he dicho nada. Si entra un perro en casa, dice que aquel animal tiene dueño y que alguna vez habrá ido acompañado con él á visitarme; si me asomo al balcón y veo por una parte y por otra, dice que si por allí ha de venir el señor; si estoy triste, piensa que es por otro; si estoy alegre, lo mismo; en fin, yo no puedo hacer nada que no le

encele; de todo teme, todo le asusta y de todo desconfía, y con esto me da una vida de perros.

—Sí lo creo, decía Adelaida; pero ¿en dónde dejaremos las mujeres de ser infelices? Mi marido peca por el extremo opuesto; él me permite cuanta libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es porque me estima, sino porque ya se ha enfadado de mí y no me hace caso; y eso ¿por qué? Porque de pocos días á esta parte está embelesado con la maldita tuerta de todos mis pecados; pero me la ha de pagar. Sí, jurada se la tengo; no me la ha de ir á penar, por vida de Adelaida.

—¿Pero qué tuerta es esa que yo no la conozco? decía Eufrosina.—¡Adiós, no la conozco! como á tus manos la conoces. ¿No te acuerdas de aquella que vive por Santo Domingo?—¿Cuál, la Hipólita?—La misma.—Pues, niña, esa no es tuerta. Es un poco turnita; pero le agracia porque tiene los ojos dormidos y es una muchacha muy bonita.—Para mí es más fea que el mismo diablo, decía Adelaida; será porque no la puedo ver.—¿Pero qué motivo tienes para pensar que tu marido la trata? decía Eufrosina, porque don Félix es muy hombre de bien, y la Hipólita es una muchacha de mucho juicio; yo sé que frecuenta los sacramentos, y días pasados estaba pretendiendo en las Brígidas.

—¿Ya ves todo eso? pues yo sé mi cuento, decía Adelaida; esa es de las que las cogen á tientas y las

matan callando. Con toda su hipocresía no le parece mal Félix.—¿Pero qué le has visto?—Nada; pero ¿qué más he de ver sino que el otro día en el paseo se rompió su coche, y Félix la hizo entrar en el nuestro con su madre, y desde entonces dió en visitarme? ¡ya se ve que no por mí, sino por el caballero! A mí no me acomodó nada semejante visita, y así traté de desterrarla de casa y lo conseguí muy breve, poniéndole mal modo y no visitándola. ¡Santo remedio! con esto se ha desterrado; pero ¿qué importa si él va á su casa, según me han dicho?

—¿Conque tú no lo sabes, decía Eufrosina, ni los has visto juntos?—No, niña, Dios me libre de ver tal cosa, á pesar de que he hecho ya mis buenas diligencias para cogerlos y nada he podido conseguir.

—Pues, niña, decía Rosaura, yo pienso que tú pasas mala vida por celosa, y yo porque me celan sin motivo. Yo sufro á mi marido, y tengo que sentir con su genio celoso y endiantrado; pero tú á tí misma no te aguantas tus celos, y no tienes razón para quitarte la vida, porque esa niña que dices la conoces bien y sabes que es medio parienta de tu esposo, y así el haberle ofrecido tu coche estuvo muy en el orden. No podía haberse excusado, el lance no era para menos; la política y el parentesco lo estrecharon, y así, á la verdad, tú no tienes razón de haberte formado tan mal concepto de esa pobre niña;